

FEDOSY SANTAELLA
EL DEDO DE
DAVID LYNCH

PRE-TEXTOS CONTEMPORÁNEA



Impreso en papel FSC® proveniente de bosques bien gestionados y otras fuentes controladas

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

Primera edición: noviembre de 2015

Diseño de la colección: Andrés Trapiello y Alfonso Meléndez
Imagen de la cubierta: *Malabares en la playa*

© Fedosy Santaella, 2015

© de la presente edición:

PRE-TEXTOS, 2015

Luis Santángel, 10

46005 Valencia

www.pre-textos.com

IMPRESO EN ESPAÑA/PRINTED IN SPAIN

ISBN: 978-84-16453-28-3 • DEPÓSITO LEGAL: V-2654-2015

ADVANTIA, S.A. TEL. 91 471 71 00

*Maggie and milly and molly and may
went down to the beach (to play one day)*

*and Maggie discovered a shell that sang
so sweetly she couldn't remember her troubles, and*

*milly befriended a stranded star
whose rays five languid fingers were;*

*and molly was chased by a horrible thing
which raced sideways while blowing bubbles: and*

*may come home with a smooth round stone
as small as a world and as large as alone.*

*For whatever we lose (like a you or a me)
it's always ourselves we find in the sea*

E. E. CUMMINGS

ARTURO, MARIANA, EL CIRCO

Encontraron un dedo en la arena. Eran alrededor de las cinco de la tarde y Arturo y Mariana iban por los lados de la gran roca. Habían pasado el quiosco del Sargento y ahí, un poco más adelante, lo encontraron. Quizás fuera un dedo de hombre, de alguien moreno o de raza negra. Un dedo índice, o medio o anular. Eso parecía. No había sangre por ninguna parte. El mar la había lavado. Arturo pensó en *Terciopelo azul*, y se dijo que la vida era mediocre, que la vida imitaba al arte, que siempre ha sido y será así. Lo pensó con tristeza, pero al mismo tiempo con resignación. Se guardó el dedo en la mochila, así, como si se hubiera encontrado un caracol, una moneda, un espejuelo, una llave. La tarde caía sobre la playa solitaria, andaban descalzos, con sus bastidores al hombro, acababan de fumar. Había humo en sus cabezas y ella no le preguntó por qué acababa de guardarse un dedo en la mochila, él tampoco se lo preguntó a sí mismo. Siguieron hacia el extremo de la playa, más allá de la gran roca, allí donde la montaña salía hacia el mar y ya no dejaba pasar a los caminantes.

Les gustaba llegar hasta esa punta, dejar el aparataje en la arena, quitarse la ropa, bañarse desnudos y entregar los cuerpos en el agua, amarse. Lo hacían en la temporada baja, cuando había pocos turistas en el sitio, cuando a las cinco ya no quedaba nadie. En vacaciones se limitaban a bañarse y a fumar. No eran exhibicionistas ni se daban al sexo como

abierto espectáculo. Aquél era su ritual íntimo, el que habían instaurado desde su llegada a Chirimena, desde aquella vez que dejaron atrás a Jean y Georgina y tomaron camino hacia la punta, hipnotizados por la gran roca, por ese ombligo del mundo.

Allí, frente a esa roca, lo hicieron por primera vez. Ahora lo hacían al otro lado, protegidos por ella, separados del mundo. El otro lado era el refugio, y la gran roca era la puerta, el guardián, la muralla.

De vuelta a la orilla, sacaron el troncho y se lo terminaron de fumar. El silencio, sus cuerpos desnudos, sus cabellos mojados. Sólo eso, sólo eso y la inmensidad del mar. Y en aquel momento, en aquella tarde particular en la que se captura esta historia, el dedo de David Lynch en el interior del bolso. Así empezó a llamarlo Arturo, el dedo de Lynch. El dedo de David Lynch, y que disculpara la oreja.

Un gato lo miraba siempre. Arturo se sentaba en las gradas y el gato aparecía y se quedaba mirándole. Literalmente, aparecía. Él llegaba a las gradas y se sentaba allí a contemplar la distancia. Entonces bajaba la vista y ahí estaba el gato, echado, mirándolo.

No dejaba de mirarlo el gato. Arturo pensaba que algo le estaba diciendo. No, pensaba, no, lo sentía, sentía que el gato le hablaba, que le lanzaba palabras desde su mente, secretos, advertencias. Pero él apenas percibía un lejanísimo soplo de corriente, una sensación. Algo intuía, algo sacaba de su mirada, una delicada masa oscura de comprensión, o de temor, más bien de temor. Lo que el gato le decía le causaba un ligerísimo temor. Los perros, siempre alegres, siempre tan pegados a sus amos, siempre moviendo sus colas y jugando, son de la vida. Los gatos, en cambio, pertenecen al extremo, al llegado, a lo que está al otro lado. Los gatos son de la muerte.

A pesar del temor, Arturo estaba bien con el gato. Eran compañeros de silencio. Desde aquellos tiempos le gustaban el silencio y la soledad; desde el principio, desde que *se supo* ajeno, desarraigado, pero sobre todo lúcido. Quizás fuera esto lo que lo diferenciaba de los otros solitarios. De los solitarios adoloridos, perdidos y humillados que, si los dejaras, pertenecerían al bando de los ofensores. Felices, éstos también hablarían, se fundirían, se olvidarían, se dejarían tragar por el fútbol. Por cualquier mierda de ésas.

El fútbol era la nueva forma de la ignorancia, pensaba ya entonces. El fútbol se había ido convirtiendo en eso: en la nueva ignorancia. Nadie hablaba de otra cosa. No leían, no iban al cine, no miraban alrededor, no sabían de nada más. Él, en cambio, nunca quiso hablar de fútbol, nunca del maldito Barça ni del estúpido Madrid. Le hubiera gustado decir o pensar que no tenía nada en contra de aquel deporte, que incluso había visto los partidos de los mundiales y se había emocionado. Le hubiera encantado decir que el fútbol estaba bien. Pero no, al final había terminado detestándolo. Y entonces se sentaba allí, en las gradas del colegio, lejos de sus compañeros y su fútbol, y luego aparecía el gato, y el gato se quedaba mirándolo. Algo le decía el gato, y él intentaba con todas sus fuerzas entenderlo, descifrarlo, ir hasta la muerte y sacar algo de allí, algo para su vida. Tenía claro que no quería hablar de fruslerías, que le gustaba leer, y el silencio y la soledad. Crecer, ser serio, ser uno mismo requería de cierto exilio impuesto y anhelado; eso lo había entendido. Él se había salido del cuadro, del redil. Pero tampoco se había mostrado violento. Simplemente se había ocupado de buscar-buscarse, y en aquellas tardes, después del taller de poesía del colegio, se había sentado en las gradas, mirando a la distancia, hacia los cerros cercanos, los edificios, la bruma y el cielo, y algo dentro de él se había expandido, y esa sensación le había gustado, esa sensación de estar abriéndose por dentro, de poder verse, de saberse vivo y compañero de un gato que seguro que le hablaba, aunque él no pudiera entenderlo.

De regreso pasaron por el quiosco del Sargento. El quiosco quedaba detrás del cementerio. Quien quisiera podía acceder a éste, pues un trozo de su muro, justo detrás del quiosco, estaba caído desde hacía años. El gamelote crecía alto en el cementerio. A través de los monumentos tapizados de cerámica, los santos y las cruces se había hecho un sendero de tanto que la gente acortaba camino entre el largo tramo de costa y el estacionamiento de la entrada, donde estaban las licorerías y varios chiringuitos. Desde el principio, él tuvo la impresión de que aquél era un cementerio copado donde no había entrado un muerto nuevo en décadas. En ocasiones, si uno andaba por esos lados de la playa y tenía ganas de fumar, se iba detrás del quiosco, se metía al cementerio, se arrimaba a la pared y prendía lo suyo. Para eso se usaba el cementerio: para fumar monte tranquilamente o para vaciar las necesidades. Si por casualidad estabas fumando y aparecía alguien del pueblo o un turista, simplemente saludabas y seguías con tu troncho. La gente pasaba de largo, o se ubicaba un poco más allá y hacía su necesidad, o también se ponía a fumar. Eso era todo.

Encontraron al Sargento sentado en una de sus sillas de plástico, bebiendo cerveza con Edigio, el viejo que era su fiel servidor. Ya estaban algo borrachos, sonreían atontados y mirando a los muchachos como quien contempla beatífico a un par de ángeles.

El Sargento había sido policía hacía años. O por lo menos eso decía él, que había sido policía en Higuerote y en Caracas. En Caracas mató a unos malandros, o por lo menos eso aseguraban algunos que él alguna vez contó estando borracho. Al parecer, los malandros habían entrado disparando en una fiesta infantil. Una mala lengua les había avisado que un tipo con el que tenían una cuenta pendiente se encontraba allí bebiendo. Así que los malandros, que hasta el momento habían estado consumiendo de todo en su hueco, se lanzaron hasta la casa y entraron pegando tiros. Mataron al cumpleañosero, cinco años, a la mamá del cumpleañosero, treinta y cinco, y a un par de adultos más. Del rival, si acaso estuvo en el sitio, nunca se supo nada. La madre resultó ser hermana de la entonces novia del Sargento. Lo que sucedió después es fácil de conjeturar.

Sin embargo, también se cuenta que el Sargento nunca fue un hombre malo. Había nacido en Chirimena, a la orilla del mar; había crecido en un mundo sosegado, inocente, entre las calles para entonces de tierra, la iglesia ya icónica, la única escuela, mucho río, mucha playa, mucha maleza y mucho amanecer con pájaros. El Sargento había llevado todo ese mundo por dentro, incluso en Caracas, y no se había dañado. Pero tampoco era un blandengue. Había matado a los malandros porque los malandros mataron a una mujer buena y a un niño. Había sido justo, siempre justo. Del Sargento se contaba que había trabajado toda su vida como policía, que se jodió como se jode un policía, que se arriesgó como se arriesga un policía, pero nunca obtuvo nada. Nada de las instituciones, nada del poder, nada de su sueldo de pacotilla, nada después de tantos años de servicio, de arriesgar el cuero, de intentar jugar lo más limpio posible. Entonces, a punto de retirarse, ya con la soga al cuello, viéndose sumido en el limbo escueto de la pensión para retirados, el Sargento

decidió robar un banco (o dos, o tres, o cuatro, todo depende de la imaginación de quien cuente la historia) con otros compañeros policías. Si una vez mató por justicia, también una vez robó por justicia. Eso se decía, eso se decía del Sargento.

—Muchachos, yo tengo una nieta muy bonita, ¿saben? Una negrita preciosa de un año y medio. Ustedes no tienen hijos, ¿verdad?

Arturo y Mariana respondieron que no. El Sargento les dijo entonces que debían apresurarse.

—Miren que yo le voy a dar educación, voy a mandarla a la universidad en Caracas.

Siguió diciendo que él tenía una plata ahorrada, pero que no le sobraba el tiempo para gastarla. Así que iba a invertirla en ella. En esa niña que iba a ser una negra hermosa, como su madre, que era su hija, y que lamentablemente nunca estudió por andar pariendo desde carajita.

—Así que mejor tengan a su muchacho pronto, que les reserve el cupo con mi negrita.

Volvieron a reír. Quizás el asunto no era para reírse, pero el cosquilleo del humo en sus cabezas los ponía así de tarambanas.

—De verdad —insistió el Sargento, y a una mirada suya, Edigio se puso de pie y se encaminó hacia el quiosco—. Se ve que ustedes son de buena familia —dijo entonces más serio.

Se quedaron callados. Llegó Edigio, les dio dos cervezas, tomaron. Arturo buscó en su mochila y sacó el dinero.

—Aquí está lo del alquiler.

Edigio agarró el dinero. Volvieron a quedarse callados.

—Mi negrita va a ser grande, bella y educada, ¿saben? —rellenó el Sargento y luego tomó cerveza.

Arturo y Mariana dijeron que sí, claro que sí, que no les cabía duda. Arturo dejó ir alguna sosería optimista, Mariana soltó unas risitas bobas, convencida de las palabras de Ar-

turo. El Sargento volvió a tomar cerveza. Todos le temían un poco y buscaban agradarle, estar bien con el viejo policía que había matado por justicia y que había robado también por justicia. Dicen que con el dinero del golpe se compró una finca cercana y construyó cuatro casas en el pueblo. Casas que usaba para alquilar habitaciones a uno que otro turista, pero principalmente a los vendedores de fin de semana que venían de Caracas e Higuerote, y a los Elegidos, a los errantes, a los viajeros del nirvana, del monte y la libertad.

Arturo recordó el dedo de David Lynch. Una parte de él, la que flotaba en el cielo amoroso de la marihuana, pensó en contarle al Sargento que acababa de encontrar un dedo, que era de verdad, auténtico, original. Que él, que había sido policía, entendía de esas cosas. Que quién sabe, quizás podía ser obra de Marcano. ¿Usted qué dice? Por ahí cuentan que usted tiene un pacto con Marcano, que uno no se mete con lo del otro, que nos comparten, a nosotros, los Elegidos, y al resto del pueblo, nada más y nada menos. ¿Es cierto eso? ¿Qué me dice del dedo? A lo mejor le sirve para tomar ventaja. Qué sé yo, se lo regalo, cuídelo, si encuentro otro se lo traigo también.

Arturo puso una sonrisa errática. Se sabía en vuelo a través de una humareda letárgica que en cualquier momento podía soltarle la lengua. Pero él, por fortuna, ya llevaba años fumando y conociéndose, y estaba muy consciente de la situación. Cuando fumaba su cerebro se dividía en dos; estaba aquella parte que pensaba desparpajos y aquella otra que se mantenía vigilante observando sus pensamientos en vaguada, instaurada e inamovible en la caverna de la boca, titán, guardián, cerbero contra la imprudencia.

Arturo terminó de tomarse la cerveza, Mariana también. Se despidieron del Sargento y de su guardaespaldas de mil años y siguieron su camino por la orilla, hacia el pueblo, hacia los cuartos que el Sargento les había alquilado. Pero antes, otra parada.